

MONO GRAMÁTICO

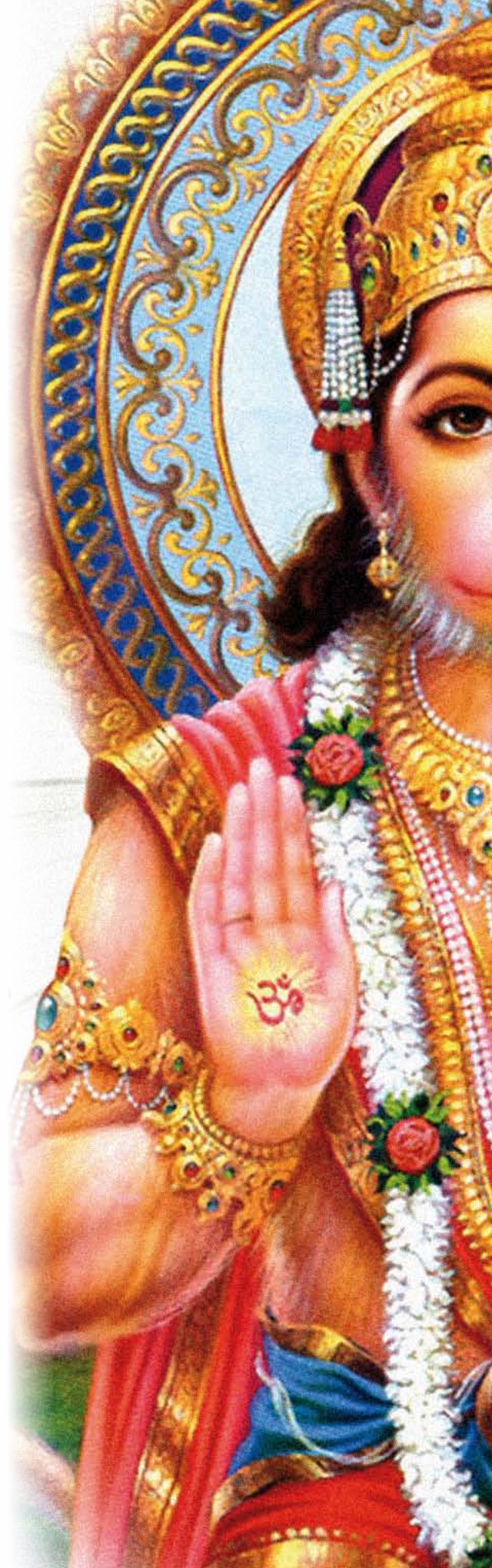


I
Hanuman o Hanumat o Janumat es —según el epígrafe de John Dowson M.R.A.S. en *A Classical Dictionary of Hindu Mythology* que se pone como friso luego de la dedicatoria “A Marie José” en *El mono gramático* (1974), el inclasificable texto de Octavio Paz— un famoso jefe de los monos que era capaz de volar y que es una figura notable del *Ramayana*: Hanuman saltaba de la India a Ceylán en un solo movimiento, arrancaba árboles, cargaba a los Himalayas, agarraba las nubes y realizaba muchas otras hazañas prodigiosas. Entre otras facultades, Hanuman tenía la de ser un gramático, y de él dice el *Ramayana*: “El jefe de los monos es perfecto; nadie lo iguala en los sastras ni en erudición ni en su capacidad de descifrar el sentido de las escrituras (o en modificarlas a voluntad). Es cosa bien sabida que Hanuman fue el noveno autor de la gramática”. Esta inscripción, que figura al inicio de la selva de letras titulada *El mono gramático*, pone sobre aviso al lector: el autor mexicano no ignora la literatura clásica de la India y es capaz de viajar por la arquitectura, la fauna y la flora de aquellas remotas escrituras hasta el punto de jugar según su deseo con su sentido, de pensar la acción y la palabra como quien estuviese adentro de Hanuman y de ser él mismo uno de los nueve gramáticos, además de ser un viajero y de ser capaz de mover las nubes de palabras a voluntad.

Según consta en una carta de Octavio Paz a Alfonso Reyes, del 27 de enero de 1952, escrita durante su primera estancia en la India, el poeta, al acusar recibo del envío que le hace Reyes de la traducción de la *Iliada*, le dice que será un “buen antídoto contra el *Mahabarata* y el *Ramayana* que me propongo leer en estos meses”.¹ Esto significa que la familiaridad de Paz con la literatura antigua de la India se remonta al menos a varios lustros antes de la escritura del sorprendente poema consagrado a *El mono gramático*.

Con *El mono gramático*, Octavio Paz ha buscado no solo aludir o evocar al rey de los monos en la tradición china (*Viaje al Oeste. Las aventuras del Rey Mono*, editorial Siruela), sino también recrear a Hanuman mismo y escribir un libro en 29 capítulos que podrían ser a su vez leídos como una reescritura y traslación, virtuosa traducción del *Ramayana* y de otros libros de literatura sánscrita y clásica de la India. Recuérdese que el Rey Mono llevó a China la sabiduría sánscrita que desembocaría en el océano del budismo Zen, familiar a Paz. El mismo texto de *El mono gramático* da las pistas y teatraliza en clave esta *mise en abîme*: se trata de una composición inspirada en el Sarga IX del *Sundara kanda*, que lleva por título “Hanuman inspecciona el gineceo”,² en la traducción (1963) de don Juan B. Blecua, padre, por cierto, de José Manuel. Esta observación también la hace Marja Ludwika Jarocka en “El mono gramático de Octavio Paz”.³ Dice el *Ramayana* en la traducción de Blecua:

Notó las antorchas en oro kancana que asemejábanse a jugadores disputándose por un juego importante, esclavos de los dados. El brillo de las luces, el tejás de Ravana, el esplendor de los decorados iluminan a la vez esta sala, pensaba Hanumat. Advirtió, sentadas sobre los tapices, adornadas con ornamentos y coronas de colores variados, mil mujeres escogidas, vestidas con toda suerte de trajes. Pero cuando la mitad de la noche transcurrió, bajo la influencia de la bebida y



del sueño, los juegos acabados, todo se durmió profundamente. Aquella multitud dormida, adornada con joyas cuyo tintineo había cesado, tenía el aspecto de un gran estanque de lotos en el que no se oyen ya los hamsas ni las abejas. Maruti contemplaba los rostros, de labios juntos y ojos cerrados, de aquellas bellas damas perfumadas con lotos. Cual lotos que se abren con la aurora y que de nuevo vuelven a cerrar sus corolas, por la noche. Aquellos lotos de caras, semejantes a lotos descogidos, las abejas siempre borrachas de amor los piden y vuelven a pedir sin cesar. Así pensaba con precisión el venerable y poderoso kapi, que las estimaba, a causa de sus atractivos, iguales a aquellas flores acuáticas. El gineceo brillaba con el resplandor de aquellas mujeres; cual en el otoño un cielo apacible, sembrado de constelaciones. En medio de ellas, el jefe de los rakashasas centelleaba como el afortunado rey de los astros en medio de su cortejo de estrellas. Los planetas echados del cielo, acompañados de lo que les queda como méritos, helos aquí todos reunidos, díjose a sí mismo el hari. Tales, en efecto, que grandes meteoros, de muy brillantes rayos, aquellas mujeres centelleaban de hermosura, de gracia y de magnificencia. Unas tenían su cabellera y sus coronas lucientes y desatadas, sus preciosas joyas esparcidas a causa de la orgía y de sus retozos, el alma enterrada en sueño; otras, entre aquellas tan hermosas mujeres, tenían el tilaka deshecho o los anillos fuera de los pies; a éstas sus guirnaldas les caían sobre los costados; a aquéllas, cubiertas con sus collares de perlas, los vestidos en desorden, sus cinturones y sus broches sueltos, asemejábanse a jóvenes yeguas en reposo. Otras, que ya no poseían pendientes y cuyas guirnaldas estaban rotas y ajadas, tenían el aspecto de lianas abiertas, pisadas por los pies de un Indra de los elefantes, en un gran bosque. Semejantes a los rayos brillantes de la Luna, a veces los collares desprendidos, tenían el aspecto de hamsas dormidos en el seno de aquellas mujeres. Ora sus esmeraldas tenían la apariencia de kadambas aladas, ora sus cordones de oro hema, de cakravakas. Brillaban como ríos frecuentados por hamsas y karandas y embellecidos por la presencia de los cakravakas, con

sus caderas por bancos de arena. Semejantes a puñados de campanillas, con el oro hema como lotos descogidos, el amor como cocodrilo, la hermosura como orilla, parecían aún ríos dormidos. Algunas, reposando sobre los graciosos miembros de sus compañeros y sobre los extremos de sus senos, les servían como adorno, de tal modo eran hermosas y cargadas de adornos ellas mismas. En otras, las puntas de sus velos, levantadas por el aliento de su boca, flotaban por su cara aquí y allá. Hubiéranse dicho brillantes estandartes desplegados y proyectando su brillo sobre la frente de esposas de hermoso rostro pintado de diversos colores. Otras veces los anillos de aquellas mujeres radiantes de belleza, al estremecimiento de su aliento, temblaban dulcemente, dulcemente. Impregnadas del aroma de los jarabes que habían bebido, el aliento naturalmente perfumado y suave de su boca acariciaba a Ravana. Pensando que era aún la cara de Ravana, varias de sus esposas besaban y besaban aún los labios de sus rivales. Excesivamente prendadas de su esposo, aquellas mujeres escogidas, no siendo dueñas de sí mismas, prodigaban a sus compañeras sus pruebas de amor. Algunas, apoyándose en sus brazos cargados de pariharyas, y en sus ricos trajes, dormían así. Ésta reposaba sobre el pecho de su vecina, esta otra sobre su brazo, sobre su regazo, o entre sus senos. Apoyábanse sobre los muslos, los costados, las caderas y las espaldas unas de otras; sus miembros estaban en desorden, bajo la influencia de la embriaguez y de la voluptuosidad. Apretándose amorosamente unas contra otras, aquellas criaturas de elegante talle habíanse dormido todas, con sus brazos entrelazados. Aquel grupo de mujeres de brazos entrelazados asemejábase a una guirnalda atada con un cordón de abejas muertas de amor: como lianas, descogidas a la caricia de una brisa primaveral, que se entrecruzan para formar ramos de flores. Cual un vasto bosque de bello ramaje bien mezclado y cargado de enjambres de abejas, así estaba aquel bosque de esposas de Ravana. Bien que, reposando evidentemente en su sitio acostumbrado, no era posible distinguir unas de otras a aquellas mujeres de miembros cargados de joyas, de adornos y de

guirnaldas (“Sarga IX. Hanuman inspecciona el gineceo, pp. 39-41).

Compárese ahora con la refundición del mismo pasaje operada por Paz:

Vio a muchas mujeres tendidas sobre esteras, en variados trajes y atavíos, el pelo adornado con flores; dormían bajo la influencia del vino, después de haber pasado la mitad de la noche en juegos. Y el silencio de aquella gran compañía, ahora mudas las sonoras alhajas, era el de un vasto estanque nocturno rebosante de lotos y ya sin ruido de cisnes o abejas... El noble mono se dijo a sí mismo: “Aquí se han juntado los planetas que, consumida su provisión de méritos, caen del firmamento”. Era verdad: las mujeres resplandecían como caídos meteoros en fuego. Unas se habían desplomado dormidas en medio de sus bailes y yacían, el pelo y el tocado en desorden, fulminadas entre sus propias desparramadas; otras habían arrojado al suelo sus guirnaldas y, rotas las cintas de sus collares, desabrochados los cinturones y los vestidos revueltos, parecían yeguas desensilladas; otras más, perdidas sus ajorcas y aretes, las túnicas desgarradas y pisoteadas, semejaban enredaderas holladas por elegantes salvajes. Aquí y allá las perlas esparcidas cruzaban reflejos lunares entre los cisnes dormidos de los senos. Aquellas mujeres eran ríos: sus muslos, las riberas; las ondulaciones del pubis y del vientre, los rizados del agua bajo el viento; sus grupas y senos, las colinas y eminencias que el curso rodea y ciñe; los lotos, sus caras, los cocodrilos, sus deseos; sus cuerpos sinuosos, el cauce de la corriente. En tobillos y muñecas, antebrazos y hombros, cerca del ombligo o en las puntas de los pechos, se veían graciosos rasguños y marcas violáceas que parecían joyas... Algunas de estas muchachas saboreaban los labios y las lenguas de sus compañeras y ellas les devolvían sus besos como si fuesen los de su señor; despiertos los sentidos aunque el espíritu dormido, se hacían el amor las unas a las otras o, solitarias, estrechaban con brazos alhajados un bulto hecho de sus propias ropas o, bajo el imperio del vino y del deseo, unas dormían recostadas sobre el vientre de una

compañera o entre sus muslos y otras apoyaban la cabeza en el hombro de su vecina u ocultaban el rostro entre sus pechos y así se acoplaban las unas con las otras como las ramas de una misma arboleda. Aquellas mujeres de talles estrechos se entrelazaban entre ellas al modo de las trepadoras cuando cubren los troncos de los árboles y abren sus corolas al viento de marzo. Aquellas mujeres se entretejían y encadenaban con sus brazos y piernas hasta formar una enramada intrincada y selvática (*Sundara Kund*, IX). (*El mono gramático*, vol. 11, Obra poética I, México, Fondo de Cultura Económica, 2001, pp. 485-486).

En *El mono gramático*, Paz deja que sus felinos sentidos interiores jueguen y corran en libertad sin dejar de ser fiel a la constelación de sus obsesiones. Las 29 estancias en que está compuesto el libro parecen escritas como variaciones de un puñado de frases insistentes.

El texto presentado en el capítulo o inciso número 10 de *El mono gramático* no es en rigor una traducción. Se da como un inspirado ejercicio de translación y paráfrasis del espectáculo que ofrecen a Hanuman aquellos racimos de mujeres que son a su vez espejo y reflejo de la naturaleza.

En *El mono gramático*, Paz deja que sus felinos sentidos interiores jueguen y corran en libertad sin dejar de ser fiel a la constelación de sus obsesiones. Las 29 estancias en que está compuesto el libro parecen escritas como variaciones de un puñado de frases insistentes. El libro parece haber sido transcrito después de una experiencia singular en la cual la escritura, la flora, la meteorología, el mundo interior y el espacio exterior parecen unidos por una yedra subyacente de etcéteras. En el centro de ese bosque de signos se abre un claro y en el centro del claro vibra una pregunta incesante en torno al decir, a la posibilidad de decir; las cuestiones perennemente planteadas,

evadidas y pendientes se estremecen como hojas que cuelgan de los árboles: son las preguntas que Buda mismo elude responder y que alimentan o deslindan la orilla de este cráter textual que es *El mono gramático*. En él se dibuja la figura de un poeta cuya canción son las preguntas y cuya casa son las palabras que lo inventan a él y a su doble Esplendor, quien es también un personaje de Valmiki. El poeta dice que ha hecho de Hanuman, *El mono gramático*, una de sus figuras tutelares: “En todo el diccionario no hay una sola palabra sobre la que reclinar la cabeza, todo es un continuo ir y venir de las cosas a los nombres a las cosas” (vol. 11, p. 484). De ahí la importancia de establecer un “catálogo de un jardín tropical” como el que este avatar-lector mexicano de Valmiki y Hanuman recoge en el capítulo 8 de *El mono gramático*. El bosque recreado por Paz trae a la memoria la voracidad léxica de Saint-John Perse. *El mono gramático* se presenta en la obra de Octavio Paz como una cima y un testamento, un pliego de mortaja, una herencia y un ritual que el poeta eleva como un sacrificio a esa figura cuyo sol lo hermana y lo devora y lo hace capaz no solo de descifrar el sentido oculto de las escrituras sino también de hundirse en ellas con todo y sombra, con todo y Esplendor.

El profundo conocimiento que Paz tenía de la literatura antigua de la India no se limitaba al de estos textos que inspiraron la escritura de esta obra. Otra uña del león se puede tocar en la nota que hace Paz a *La hija de Rappacini*, donde se reconoce la genealogía de esta obra, que va de Hawthorne a Thomas Browne, tan leído por Reyes y por Borges, y cuyo motivo aparece antes de *El sello del anillo de Rakshasa* del poeta Vishakhadatta (del siglo IX).

La mañana del 10 de septiembre de 1991, me apersoné en el departamento con jardín y veranda invernadero-biblioteca de la casa de Octavio Paz, para recoger unos libros de los cuales me había dicho que quería deshacerse, pues —dijo— había conseguido ediciones más modernas y actualizadas de los mismos. Paz, por cierto, no era, al menos en mi caso, de los amigos y maestros que a cada visita lo obsequian a uno con libros de los cuales se quieren deshacer, y la cita era solo para recoger esos libros, cosa que yo no sabía. Me dio nada más dos obras. Una de ellas era *A Classical Dictionary*

of Hindu Mythology del reverendo y doctor John Dowson, que está citado en el epígrafe de *El mono gramático*, obra que, desde luego, todavía tengo. No me di cuenta en ese momento de la importancia de ese simbólico presente. La ficha bibliográfica detallada del libro es *A Classical Dictionary of Hindu Mythology and Religion, Geography, History*, Elventh Edition by John Dowson M.R.A.S. Late Professor of Hindustany. Staff College. London. Routledge and Kegan, Paul, LTD, 1968, Trubner's Oriental Series, 411.

En la obra de John Dowson hay dos entradas sobre

Hanumān, Hanumat, Hanūmat. Un celebrado jefe de los monos. Era hijo de Pavana, el viento, con Anjana, la hija del mono llamado Kesart. Era capaz de volar y es una figura conspicua del *Ramayana*. Él y otros monos que ayudaron a Rama en su guerra contra Ravana era de origen divino y sus poderes eran sobrenaturales, Hanuman era capaz de brincar desde la India hasta Ceylán con un solo salto; desgarraba árboles, agarraba a los Himalayas y los cambiaba de lugar, cogía las nubes y realizaba muchas otras hazañas prodigiosas (véase sarasa). Su forma era la de una montaña y era tan grande como una gigantesca torre.

A continuación, Dowson pone la ficha del “Hanuman-Nataka. Un extenso poema debido a varios autores sobre las aventuras del jefe de los monos llamado Hanuman. La fábula sostiene que este drama fue compuesto por Hanuman e inscrito por él en las rocas”. Valmiki, el autor del *Ramayana*, lo vio y temió que el poema eclipsara su propia obra. Se quejó con el autor, quien le dijo que sembrara sus versos en el mar. Así lo hizo, y quedaron escondidos ahí durante siglos. Algunos fragmentos fueron escondidos y traídos al rey Rhoja, quien envió a Danustarr Mirra a arreglarlo y llenar las lagunas. Así lo hizo, y de ahí resultó el drama que se conoce. Es una obra del siglo X o XI. El otro libro que Octavio Paz me regaló ese sábado por la mañana de septiembre de 1991 fue un diccionario: el de *Synonyms, antonyms & prepositions* de James C. Ferland, publicado como parte de la serie Fund & Wignalls Standard Handbook, editado en Nueva York en 1947. Más

Mono gramático: el animal que cree en Dios, la bestia que babea sentido. Con la gramática disfraza su condición simiesca.

tarde, cuando me di cuenta del sentido del regalo, me percaté de que se trataba de las armas que lleva (el lector-autor) de *El mono gramático*.

II

Mono gramático: el animal que cree en Dios, la bestia que babea sentido. Con la gramática disfraza su condición simiesca: llama a esa mascarada poesía, cultura, religión. Pero la hormiga, la última amiba, ¿no es también gramática? ¿No es lenguaje la más elemental partícula de vida?

Mono: simio, pero también sexo

Gramática: academia, policía

Mono gramático: sexo castigado, cuerpo sometido por el lenguaje.

Animal capaz de sacrificarse. Animal caído en la red de la significación y el sentido crucificado. La gramática *par excellence*: la cruz. El sentido de la vida: desplazar, enterrar, desenterrar la cruz y, con ella, el rostro. El mono se asoma al espejo de la gramática —es decir, de la cruz— y descubre un rostro —pero solo lo acepta realmente cuando logra pulir el espejo y hacer del sacrificio una nueva, segunda naturaleza: humanidad. Pero esta es solo una sombra de la esperanza, una hipótesis. Antes, la escisión, la separación entre zoología y cultura, inmanencia bestial y apuesta ética, poética.

Escisión: Cántaro roto, mono gramático. La soledad del mono sin gramática. Ceguera, sordera del laberinto en ausencia del mono que lo recorre. La gramática ordena el mundo. Es el tesoro secreto de Adán, la llave que le permite no perderse entre sus propias denominaciones. Pero la gramática es también un proyecto, una utopía, el sueño que desvela al mono y lo precipita en la escritura, la política, la tentación de ordenar el mundo y devolverle a las cosas-palabras su verdadero, utópico, futuro nombre.

Gramático, el mono, ¿no? Un chango monstruoso que se viste de abogado, de catedrático, de sacerdote; un cínico chimpancé que cuando le conviene permanece en los árboles, y cuando no, baja al púlpito. Escolástico, sentimental, voraz, chismoso —a veces confunde la gramática con el contagio, el sentido con el calor tribal y, necesariamente, la sintaxis con la teología—. A veces mono, a veces gramático, siempre pordiosero de la verdad, mendigo del Esplendor, huérfano del bosque y de la mónada, su verdadero, su único amor. Le da cita, cita en el espejo de la palabra, pero ella no siempre aparece. La invita a todas las conjugaciones, pero ella desdeña las contingencias; la corteja en todos los casos pero ella se escabulle por entre los subjuntivos. El mono, decepcionado, le da la espalda y se dirige hacia la ciudad de los fuegos extintos y en las cenizas del diccionario busca a su sombra gramática —casi nunca con éxito—. Huye. Quisiera colgarse de una liana, caer en un pozo: los demás monos, los monos no-gramáticos, solo ven un simio a veces melancólico, furioso a veces, devorado por la invisible y legendaria lepra. Se llama gramática. La contraen quienes se obstinan en seguir un camino. Por lo general, terminan así, crucificados sobre una letra, desollados sobre el signo de su elección —y es frecuente verlos desfallecer con una sonrisa beatífica y una mirada atroz que cualquiera, hasta el menos gramático de los monos, sabría reconocer—. Al desfalleciente lo rodean de inmediato los semimonos, los semigramáticos, pues ahí casi todos son mestizos y en consecuencia estériles.

Esa es la diferencia con el mono gramático que es invariablemente fecundo, capaz de preñar a cualquier hembra con un leve roce de su lengua, de su cola o de cualquiera de sus extremidades. Desde luego, son muchas las monas encintas pero pocos los gramáticos que llegan a la madurez. Son abortados o se malogran pronto. Incluso cuando llegan a desarrollarse duran poco, pues los monos gramáticos se destruyen entre sí. Y no solo eso: ciertas sectas son caníbales y sostienen que la única vía para fecundar el ingrediente gramático de su ser es devorar cerebros de otros monos gramáticos. Esta práctica no está exenta de peligros, y los monos (gramáticos, semigramáticos o no-gramáticos) rechazan instintivamente a los

changófagos, pues despiden un olor inconfundible y, sobra decirlo, insoportable.

Otra práctica habitual es la de las parejas de simios macho y hembra que se unen para hacer el camino y alcanzar juntos la soñada gramática. Así, no es inusual ver a un mono visionario sobre las espaldas de una mona que dice oír voces. Desde luego, terminan peleando, pues el rubro de El Dorado gramatical no coincide casi nunca con el pregón de las voces. De un lado, la gramática lleva al mono a caminar en línea recta; del otro, su condición simiesca lo impulsa a andar por las ramas. Pero lo más común es ver a los monos gramáticos reunirse en pequeñas bandas enemigas unas de otras. Cada banda inventa un idioma a condición de que cada uno de los monos renuncie a su sueño de una gramática. Sustituyen la comezón obsesiva de un lenguaje trascendente —capaz de trascender la condición simiesca— por las piltrafas de un idioma utilitario y limitado, que comparten, mastican y escupen como una goma de mascar.

El resultado es que poco a poco pierden la memoria —el recuerdo del canto— y también, por cierto, sus características simiescas —al menos eso creen ellos—. También existen hordas de monos o de monas gramáticos que tienen prohibido comunicarse con los monos de otro sexo o de otras bandas. Al morir, los monos son incinerados. Sus cenizas se diluyen en agua y aceite y con ellas fabrican un líquido con el que pintan una suerte de cebollas cuadradas que ellos llaman libros y que almacenan en unos templos llamados bibliotecas. Ahí —según rezan las tradiciones— habita el dios invisible de la gramática. Los guardianes de esos templos son unos monos ojerosos, melancólicos e irascibles. Se dice que, si bien parecen morir desollados como se ha dicho, poseen el secreto de la inmortalidad. Debe ser realmente secreto pues hasta ahora nadie lo ha divulgado.

Pero la asociación entre mono gramático y poeta, eso ya es un escándalo. El primero —¿quién lo puede dudar?— es un mamífero, entre todos, cerebral, mientras el segundo se ha distinguido desde siempre por carecer de seso. O quizá no habíamos pensado bien las cosas y no nos dábamos cuenta de que la conciencia del poeta equivale rigurosamente a la del simio envidiado por los acres jugos de la gramática; tienen, sí, algo en común: ambos andan por las ramas.

Pero al poeta —que no tiene seso— la rectitud le viene del corazón, el pensamiento del amor. Se parece a Don Quijote, al *Idiota* de Dostoievski; no va en el tumulto de los listos, de los sagaces y eficaces: no tiene seso y se diferencia de los otros simios en que se sabe reducido a la condición bestial en la medida en que no lo transfigura la pasión. Solo descubriremos su nombre en el libro del alma, aprendiendo la gramática del amor.

Mono gramático: mono enamorado.

El enamorado que pierde la razón se torna hombre de los bosques, loco salvaje, selvático. Es el Cardenio del *Quijote*, en quien este no deja de reconocer algunos reflejos del incendio que a él mismo lo devasta. La gramática del mono desgarrado y se desgarrado: traduce la ley de una letra incendiaria —la ley del amor—. Al perderse en el bosque de los símbolos y analogías, el mono gramático recobra el sentido, la savia: se vuelve árbol, un súcubo del árbol. Adentro del árbol está él; desde afuera solo se ve el follaje —esa prenda a la que también llamamos obra.

Preguntó uno a Garci Sánchez por qué, habiendo hecho tan buenas coplas, las hacía entonces tan malas; él respondió:

Porque ahora no ando enamorado.⁴ ■

Adolfo Castañón (México)

(1952). Poeta, ensayista, traductor, editor y crítico literario. Entre su obra publicada destacan: *El pabellón de la límpida soledad* (1988), *Arbitrario de la literatura mexicana* (1993), *América sintaxis* (2005), *Viaje a México* (2008) y *Alfonso Reyes, caballero de la voz errante* (ed. aumentada, 2013).

Notas:

¹ Alfonso Reyes-Octavio Paz. *Correspondencia (1939-1959)*, Anthony Stanton (ed.), FCE-Fundación Octavio Paz, México, 1998, p. 168.

² Valmiki, “Sarga IX. Hanuman inspecciona el gineceo” en *Ramayana. Sundara kanda. Yuddhakanda, Uitarakanda* Tomo II. Traducción, estudio preliminar y estampa ramayánica de Juan B. Bergua, Clásicos Bergua. Madrid, 1963, pp. 38-42.

³ María Ludmila Jarocka. “La influencia de la cultura sánscrita en *El mono gramático* de Octavio Paz”, UNAM, México, 2003, p. 175. El texto fue originalmente publicado en el marco de la VII Conferencia Mundial de Sánscrito en Leyden, Holanda.

⁴ Anécdota IV, recogida por Peter Gallagher: “The life and works of Garci Sánchez de Badajoz”, Tamesis Book Limited, London, 1968, Impreso en español por Talleres Gráficos de Ediciones Castilla S.A, para Tamesis Books Limited, London, p. 33.